





DIARIO DE ORIENTE I

© De los textos, Ignacio Gómez de Liaño

© Confluencias, 2023

[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Revisión editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Maquetación: Jorge Sossa Musumeci, Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-127002-4-4

Depósito Legal: AL 925-2023

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y prestamos públicos.

IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO

---

*Diario de*  
**ORIENTE**

PRIMERA PARTE



CONFLUENCIAS  
EDITORIAL



## ÍNDICE

Preámbulo <i>por Ignacio Gómez de Liaño</i>	11
--	----

### PRIMERA PARTE

Japón, 1984	21
Camino del Extremo Oriente, pasando por Egipto	103
De Filipinas a Japón, 1985	207
Rumbo a México, sobrevolando el océano Pacífico	303
Apéndice	321
Conferencias	329







## PREÁMBULO

**E**n 1983 la editorial Taurus publicó *El idioma de la imaginación. Ensayos sobre la memoria, la imaginación y el tiempo*. En el primer capítulo de esa obra, «La combustión de un recuerdo», dediqué algunas páginas al *Genji Monogatari*, la gran novela de Murasaki Shikibu. Mi interés por la cultura japonesa era anterior a esa lectura. Puede decirse que venía de lejos. En el otoño de 1971 había dado, en la Escuela Técnica Superior de Madrid, varias lecciones sobre la estética Zen en la pintura japonesa.

Una relación más directa con el Japón la establecí, años después, a través de Leonardo de Arrizabalaga, que era profesor de español en la Universidad de Tokio (Todai) y había estudiado en la Universidad de Cambridge (Inglaterra), donde residí desde diciembre de 1968 al mes de abril de 1969. En mi Diario del año 1982, concretamente el viernes 29 de octubre, escribo que recibí una postal de Leonardo desde Tokio en la que me anuncia que me va a escribir el Prof. Masuda. Este profesor era el catedrático de español de la Todai e importante hispanista. El lunes, 8 de noviembre, apunto: «Esta mañana fue la reunión en el Pabellón de Gobierno de la Universidad Complutense del embajador del Japón, que venía con el primer secretario de la Embajada. En la mesa estaban el rector, los vicerrectores y el catedrático Antonio Bonet Correa. Todo fue bien». Y un mes después, el miércoles 15 de diciembre, anoto: «El teléfono me despertó a las nueve. Era Leonardo de Arrizabalaga, que ayer o anteayer volvió del Japón. El profesor Masuda dice que puedo ir

a Tokio en marzo, pero me va a ser imposible». En aquellas fechas, en efecto, tenía que estar en Madrid por las clases que daba en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. «Quizá el viaje al Japón», añadido, «podría hacerlo en abril. Es una pena no ir en febrero, pues podría ir a encontrarme en Manila con mi madre». En efecto, en aquel mes mi madre estaba visitando a mi hermano mayor, Paco, que vivía a la sazón con su familia filipina en Quezon City.

El lunes, 10 de enero de 1983, escribo: «Acaba de llamarme Leonardo, que mañana mismo se vuelve al Japón. Mi currículum se lo envió directamente por correo al Prof. S. Masuda». Y el jueves 3 de marzo cuento que «he recibido carta de mi madre desde Filipinas, y de Leonardo, que me pide la dirección de mi hermano Paco en Filipinas». Meses después, el miércoles, 5 de octubre, anoto que Leonardo se va el sábado al Japón, y «hoy ha hablado con el Prof. Masuda. Lo mío queda así: los japoneses me ofrecen un puesto de catedrático de español, con dos días a la semana de trabajo, en una universidad que está a 70 millas de Tokio o en otra que está entre Ôsaka y Kiôto. El curso es de abril a abril, con vacaciones en julio, agosto, septiembre y enero. Total, unos cinco meses de vacaciones. Sueldo: 24.000 \$ y otros 8.000 \$ de viajes. Creo que saque o no la cátedra me interesa esa oportunidad.<sup>1</sup> Como tendría bastante tiempo libre, podría trabajar bastante en mi Novela. Durante mi permanencia en el Japón podría recibir visitas de mi madre, mi hermano Paco, Salvador Villena, etc., y allí podría colocar tres o cuatro libros míos: *El idioma de la imaginación*, *Arcadia*, *Nauta y estela*, *Paisajes del placer y de la culpa*. Esa Novela acabaría siendo, al cabo de los años, *Extravíos* (Madrid, 2007, Siruela).

Una semana después, el jueves 13 de octubre, escribo: «Mañana a las doce tengo una entrevista con el embajador del Japón, para la invitación como catedrático. Tengo la sensación de que me conviene ausentarme de Madrid durante una larga temporada. ¿Por qué? Pues porque la notoriedad genera infinitas envidias. Ahí está mi *Idioma de la imaginación*

---

1 Se trata de las oposiciones a la Cátedra de Estética de la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid, que tendrían lugar en diciembre de ese año 1983.

(¿qué se ha hecho en Filosofía comparable?), mi *Arcadia* (¿qué, en Novela...?), mi relación con Dalí, mi poesía, mi prestigio entre los pintores y jóvenes arquitectos...».

Y dos meses después, el lunes 26 de diciembre, consigno: «Hoy he recibido carta del Prof. Hidefujii Someda, felicitándome las Pascuas, y confirmándome que ha sido aprobado el plan de invitarme». El día siguiente aporto algunos detalles sobre la tela que compro para un traje, y sobre la ropa, maletas y guías de viaje que pienso llevar al Japón. «Todo me puede caber en una maleta grande, una maleta pequeña o bolsa, y una bolsita de calle. Los libros y el abrigo los mandaré por barco». El 31 de diciembre de 1983 escribo: «He escrito al Prof. Someda en una tarjeta postal de la Fuente del Espinario», del Jardín de la Isla de Aranjuez, y el viernes 6 de enero de 1984 cuento que en una «fiestecita» que dio el pintor Carlos Fornas en su casa, «todos me preguntaban por el viaje al Japón. El arquitecto y pintor Javier Utray dice querer hacerme un retrato antes de mi partida», retrato que, finalmente, no me consta que hiciera.

El miércoles, 11 de enero de 1984, escribo: «A las 11 h llegué a la Embajada del Japón, pero el embajador estaba con TVE y el presidente del Banco de Tokio. Me habían llamado, pero yo no estaba en casa. Le veré mañana a las 11'30 h». En efecto, el día siguiente, jueves, 12 de enero, apunto en mi Diario: «Esta mañana estuve con el embajador del Japón, que me dejó su conferencia de la Universidad Complutense», y el lunes 23 de enero: «He recibido la *oscura* propuesta de contrato de la Universidad de Ôsaka, que aclararé el jueves con el primer secretario de la Embajada. Me hace mucha ilusión el nuevo libro, que intitularé: *Mi tiempo – Escritos de arte y literatura*». El jueves, 26 de enero, anoto que «salí muy satisfecho de la Embajada. Shinomiya me detalló todo. Esta noche hablaré con el profesor Fermín Bouza para lo de la sustitución, o sea, para resolver quién me sustituirá como profesor en la Facultad de Ciencias Políticas. Mañana pediré el certificado de Penales, e iré a la JAL (Japan Air Lines)».

El domingo, 5 de febrero, escribo: «La semana que viene tengo que dejar resuelto lo del pasaporte, fecha de viaje, billete aéreo, cartas al rector, al director del Departamento, al profesor Shozo Masuda, etc.

Ya me he leído todo el libro que estoy escribiendo sobre Athanasius Kircher y hecho listas de libros para el Japón. En Japón terminaré la edición de G. Bruno, o sea, de *De los heroicos furors* y *Expulsión de la bestia triunfante*, y trabajaré en mi Novela».

El lunes, 13 de febrero, consigno: «Recogí las fotos en Alfonso». Ahí está una muestra:



Y añadido: «Saqué dinero del Banco, fui a la Embajada del Japón, en la que vi al secretario y al embajador. Parece conveniente que me pague yo mi viaje de ida, que me abonarán al llegar. El embajador Eikichi Ha-

yashiya me preguntó por *Absalón*, de Calderón de la Barca, y *Peribáñez y el Comendador del Ocaña*, de Lope. De allí fui a la Escuela Central de Idiomas, donde me vi con el profesor de japonés Planas, que me dio dos libros: *Japonés elemental* y *Primeras Lecciones* de Kanji. Para irme al Japón necesitaré unas 250.000 ptas. Vamos a ver cómo me prueba la vida japonesa. Desde luego, es gente muy distinta de nosotros. Parecen en extremo suspicaces y de reacciones muy contrapuestas. Son también muy inquisitivos. En fin, gente rara».

El sábado, 3 de marzo, escribo: «Ya he puesto notas a unas cien ilustraciones del libro sobre A. Kircher. Me quedan ¡trescientas!». Y al día siguiente: «Leonardo de Arrizabalaga (¡feliz coincidencia!) ha llegado ayer a Madrid. Me va a convenir irme al Japón el día 30, para llegar a Ósaka el día 11 o 12. O sea, que dispongo solo de 2 semanas largas. ¡Qué agobio!». El jueves-viernes, 8-9 de marzo se lee en el Diario: «Deseo una cierta tranquilidad de que aquí no gozo. Tanta fiesta, tanto barullo». Y el miércoles, 14 de marzo: «Mi entrevista, a las once y media con el vicerrector de la Complutense fue muy provechosa. Creo que mi situación está resuelta. Basta con un informe del Departamento, y un escrito mío, dirigido al rector a través del Decanato. Dentro de un año puedo pedir la prórroga de otro año. He terminado los apuntes para las notas del libro de A. Kircher. Todavía tendré que ir un día a la Biblioteca Nacional». Se tratará, finalmente, de *Athanasius Kircher. Itinerario del éxtasis o las imágenes de un saber universal* (Madrid, 1985, dos volúmenes, Siruela).

Jueves, 15 de marzo: «Ya me llamó Shinomiya. En la carta que me escribió Someda se me daba un horario, que no me parecía demasiado bueno, y así se lo hice saber. Lo demás estaba en regla: billete de avión, residencia, libros, teléfono, fecha de llegada, etc. A ver si mañana corrijo los exámenes parciales, y releo mis fichas de A. Kircher. Shinomiya me recomendaba mucha paciencia para el Japón. Debe de ser un pueblo esclavo de los reglamentos y los formalismos. Al final, se daría cuenta de que acepto lo de hacer el viaje directo al Japón, pero no cualquier posible empeoramiento de mis horarios lectivos».

Lunes, 19 de marzo: «Ceno con Javier Ibáñez, hijo del embajador de España en Japón. Fue amigo de mi hermano Juan Luis. Va a escribir a

su padre. Cenamos espléndidamente bien en el restaurante japonés de la calle Leganitos. Hoy he seguido pasando a limpio las Notas Kircherianas. Me duele la yema del dedo índice de la mano derecha. Voy a buen ritmo».

Jueves, 29 de marzo: «Anteayer fue un día tenebroso. Todos creíamos que mi madre acabaría pronto sus días a causa del cáncer de pulmón incurable que padece: 40 °C de fiebre, incapacidad de articular palabras, malestar general. Sin embargo, ayer hablaba con alguna fluidez, no tenía fiebre y me confesaba que el día anterior pensaba que yo no llegaba, porque me había ido a Peñaranda a abrir el Panteón. De hecho, estaba en la comida con el embajador del Japón, el editor Jaime Salinas, Shinomiya y Leonardo en Jai-Alai. Ayer hablé con el Dr. Albert, que nos convenció para seguir con la radioterapia».

«Lunes, 9 de abril de 1984. Ya está mi billete en las oficinas de la Japan Air Lines (JAL). Salgo el 24 (JAL, 414) a las 13'15 h y llego a Ámsterdam a las 15'30. De allí sale el avión a las 16'40, y llega a Anchorage a las 14'20 del mismo día. Sale a las 15'30 y llega a Tokio el día 25 a las 16'45. En Tokio cojo el Jal 424 a las 19'00 y se llega a Ôsaka a las 20'10 h».

«Miércoles, 11 de abril. Mañana iré a la Embajada del Japón a recoger el visado. A ver si escribo lo de Emblemática, y me paso por la Biblioteca Nacional».

«Sábado, 14 de abril. A las 9 h me trajeron la gran maleta Samsonite, el bolso de viaje y la bolsita de aseo. La maleta es realmente espléndida».

«Domingo, 15 de abril. Es curiosa la fecha en que parto al otro extremo del planeta: el 24 del 4 del 84 (lo que se puede leer como 6 4 12, y como 10 12...)».

«Lunes, 16 de abril. Recogí el billete de avión. Permiten 30 kg de equipaje. Hoy he llegado angustiadísimo de la clínica. Ver a mi madre prácticamente sin pelo era muy triste, pero mi angustia venía de ver que está más cansada, más con la *máscara* de los corticoides, y las dificultades verbales. Vino a verla una amiga, Esperanza, viuda de unos cuarenta o cincuenta años de un señor que se murió de algo parecido a lo que padece mi madre. Ella es ATS, y me dijo que el estado de mi madre era irreversible... Yo estaba lleno de pesadumbre (¡hoy he recogido el billete

del avión!) y mi madre me decía: «Ya verás como pronto te escribiré diciéndote que ya estoy bien, que entro y salgo, mi cabezota tiene pelo, y estoy bien. Ya verás como te escribo». Quería consolarme, y casi se me saltaron las lágrimas, pues ahora me doy claramente cuenta de que esta semana puede ser la última en que esté con ella y en que ella esté conmigo. Qué solo me voy a quedar. Siempre creí que ella iba a vivir muchos años, como mi abuelo, hasta los noventa pasados. Pero parece que Dios quiere arrebatárnosla antes. Si por lo menos viviese unos años. He llamado a mis hermanos Paco y Jesús para que no dejen de ir mañana a ver al médico. Son las once de la noche. Me siento incapaz de trabajar en lo de Emblemática. Creo que voy a darme una vuelta. Aunque sea en solitario, puede refrescarme la cabeza. Es terrible pensar que mi madre no vaya a ponerse bien. Cuando pienso que en noviembre estaba tan bien, al menos en su vida normal. ¡¡Y yo con mi dichoso viaje al Japón!! ¡¡En qué mala hora me veo obligado a hacerlo!! Qué Semana Santa terrible voy a pasar. El embajador del Japón, Eikichi Hayashiya, tiene dos hermanos. Dice que son «más intelectuales que él». Uno es director del Museo de Kiôto, el otro conservador del Museo de Arte Contemporáneo de esa ciudad. Son una familia notable, con una fábrica de té muy importante.

«Cuando llegue, me dejaré guiar por el profesor Someda. En los primeros tiempos, estaré todo el tiempo posible a disposición de alumnos y profesores. Haré excursiones en el día por la zona. En dos meses puedo tener una idea del Yamato y toda esa región. Lo que no tengo tan claro es lo relativo a mis períodos vacacionales».

«Jueves, 19 de abril. Esta tarde vino a verme el editor de Ediciones Libertarias Antonio Huerga. Tiene mucha confianza en mi libro *Mi tiempo. Escritos de arte y literatura*».

«Viernes, 20 de abril. De lo que más me alegro es de ver a mi madre tan recuperada, y así poderme ir con una cierta tranquilidad. Entre los preparativos de mi viaje figura de una manera muy relevante el *espiritual*, pues ahora es cuando me doy cuenta de lo importante que es poseer una determinada identidad».

«Domingo, 22 de abril. Ayer por la noche se me ocurrió un *cuento japonés*. Empieza con una reflexión sobre la larga cola que había ayer ante el Museo del Prado, en concreto, sobre el matrimonio suramericano rico, la chica holandesa vestida de seda gris y negra, lo que habían ganado descubriéndose en una conversación, el ser humano como tesoro, ironías sobre el acompañante de la chica holandesa, los cuadros de Claudio de Lorena... Todo eso lo está evocando en Kiôto un individuo a la caída de la tarde. Se describe su trabajo universitario, su soledad, el Lejano Oriente y, también, el islarío español del Pacífico... Entonces llaman a la puerta. Es una delicada y preciosa japonesa. Quiere verlo porque ha tenido un sueño obsesivo y es él quien puede suprimirlo. El sueño era que iba a ver al español y ocurría algo tremendo. Ella se entera de su existencia por un amigo universitario. Luego el español y la japonesa visitan sitios de Kiôto. Un día se citan en un lugar determinado, pero ella no llega, y entonces descubre que allí está enterrada una bella mujer (¿Murasaki Shikibu?). Todo ha sido una especie de fantasmagoría, de realidad convertida en fantasmagoría...

«Es una lástima que yo sea ¡tan aeróforo! A ver si consigo tranquilizarme. Si llego a las 8'10 h a Ôsaka, a las 9'00 habré firmado el contrato. Supongo que esa noche me invitará a cenar el profesor Someda, tal vez en su casa. A las 10'30 h podré estar en la mía. Veinte horas en el avión y cuatro en escalas. Un día completo dura el viaje. En ese día, por la tarde, daré mis primeras clases. Por la mañana iría al Consulado, escribiría a mi madre, al profesor Masuda, y arreglaría las cosas prácticas: alimentación, transportes, sellos, etc. Haré llamadas a los profesores J. L. Álvarez Taladriz, Cabezas y demás. Los días que no dé clases, iré a la Facultad, pues allí trabajaré en mi edición bruniana de *De los heroicos furores*». Ese trabajo acabaría dando lugar a Giordano Bruno, *Expulsión de la bestia triunfante. De los heroicos furores*, Introducción, Traducción y Notas de Ignacio Gómez de Liaño (Madrid, Ediciones Alfaguara, 1987). Posteriormente, lo publicaría Ediciones Siruela.

El viaje al Japón que iniciaba en esas fechas me llevó a países a los que no habría ido si no hubiera hecho el viaje al Japón. Fui a Egipto, Filipinas, China, México y Puerto Rico. Di la vuelta al mundo. En agosto

de 1984, volé desde el Japón a España para acompañar a mi madre en Peñaranda de Bracamonte. Quería estar con ella al menos unas semanas, pues sabía que el cáncer acabaría con su vida. Ese viaje, como se verá, me trajo problemas –asombrosos, delirantes problemas– en la Universidad de Estudios Extranjeros de Ósaka, de los que se da cumplida noticia en este libro; o sea, en los cuadernos donde escribía mi Diario. Pues lo que hay en este libro es un diario de mi vida. No es un diario nutrido de erudición orientalista, en el que el diarista se pone a describir con detalle monumentos, rituales y otras cosas por el estilo. Creo que lo importante es que estas páginas reflejan el día a día de mi vida, la vida cotidiana de un viajero, profesor y escritor. No las escribí pensando en publicarlas. No me movían ambiciones literarias. Creo que ahí está lo importante. Y que ahí está su peculiaridad literaria, si es que tiene alguna.

Ignacio Gómez de Liaño

Madrid, enero de 2023



JAPÓN  
1984



MARTES, 24 DE ABRIL DE 1984

**V**olando de Ámsterdam a Anchorage. Son las 5'25 p. m. Mi pulso al escribir indica un claro nerviosismo. Esta es la etapa más larga del viaje –sobre los océanos Atlántico y Ártico– que dura más de ocho horas. No sé por qué, volar sobre el mar me da cierta tranquilidad, como si, por el contrario, la tierra fuese una amenaza. En Ámsterdam –largos corredores mecánicos, estilo *baubaus*–; hacía muy buen tiempo, casi tan bueno como en Madrid. Estoy leyendo, sobre todo, cosas de la revista *Viajar*: ruta del arte árabe, del mudéjar, un reportaje sobre la Salamanca monumental... Ahora están poniendo una película japonesa, pero no la estoy siguiendo. Son las seis menos diez. A esta hora solía yo llegar a ver a mi madre. Dios quiera que se recupere y quede bien. Todavía es pronto para dormirse, pero un buen sueñecito sería lo que me sentaría mejor. Ayer cené en Casa Poli con Salvador Villena y Carlos Forns. Carlos inaugura su exposición mañana o pasado mañana, creo. No sé qué escribir. No se me ocurre nada.

¡Qué día más largo! Son las 12'30 de la noche, hora de Madrid, y sigue entrando por las ventanillas la luz del mediodía. Poco a poco me he ido serenando, pero sigo sintiendo el agobio del encierro. De pronto he visto por la ventanilla la extensión desierta de las montañas blancas, cubiertas de nieve, de Alaska. Todo blanco matizado de azul: una visión incomparable. La atmósfera está muy limpia. Todavía queda una hora para llegar a Anchorage.

Este desierto es un paisaje humano, no como los de la Luna o Marte, que aún no están rehechos por la imaginación humana. Además, esta gran extensión nevada, aunque inhóspita, es habitable y está habitada en algunos de sus puntos.

Son las seis de la mañana, hora española. Dentro de cuatro horas es la llegada a Tokio. No he pegado ojo. Al menos, la última comida la he hecho bien. El Monte Mc Kinley, en Alaska, es de las cosas más impresionantes que he visto en mi vida. Parece una pirámide. Es majestuoso y fúnebre, como un dios arcaico. Ahora debemos estar cerca de la península de Kanchaka. Me he pasado todo el tiempo leyendo los números de *Viajar*, que me dio Salvador Villena. Lo otro no me apetecía. Los libros serios no descansan en estos viajes.

Son las seis de la tarde –hora del Japón–. Dentro de una hora saldrá el avión de Ôsaka. El día está gris. Todo es gris y austero. Mi primera impresión es que el Japón es un país triste.

#### MIÉRCOLES, 25 DE ABRIL DE 1984

Me he despertado a las 4<sup>40</sup> h. Es como si mi siesta se hubiera prolongado hasta las nueve y media de la noche. Y he mirado por la ventana. Se veían en el horizonte las difusas luces de la aurora. Enfrente de la ventana hay un cerro redondeado cubierto de espeso y oscuro arbolado. Y encima del cerro, en medio del cielo, la media luna. Corona el cerro selvático una torre metálica de tendido eléctrico. A la derecha, al fondo, se ven luces de edificios. Reina aquí un silencio admirable. Hay un cierto olor a henil, y creo que este es un país en el que se entra despacio. La paciencia es fundamental. No hay que forzar juicios precipitados.

En el cajón de la mesilla del té hay una tarjeta de Nikko, escrita con caligrafía infantil en portugués, que dice: «Querida tía Cristina», y en la que su sobrina se admira del uso de quitarse los zapatos que tienen los japoneses al entrar en una casa. El aparato para calentar el agua del té, que es como una torre blanca, de lejos tiene el curioso aspecto de un *robot místico*, con faldas, brazos cruzados y una especie de capacete en la cabeza. Lo que quiero es tener tiempo para mis estudios y escrituras. Cuando abrí

la ventana para sentir mejor el paisaje, cantaron los primeros gallos. En unos pocos minutos el cielo va clareando. Esto me recuerda a Inglaterra.

Ya son las seis de la mañana. La verdad es que para haber dormido tan poco, me siento muy descansado. Me anima mucho ver que el día ha amanecido muy claro y que cantan los pájaros en la fronda. Me he preparado un té. A las siete me levantaré. Hasta las diez y media no aparecerá el profesor japonés.

De los tres profesores, el *capo* parece el que está más tenso, pero también deseoso de que todo vaya bien. Es un hombre entregado a la Universidad. De los otros también me he hecho alguna idea. ¿Qué impresión les habré hecho? También me lo imagino. Hasta el 2 de mayo no empezaré las clases, o sea, que tengo cinco días de «aclimatación». Visitaré a los profesores Cabezas, Álvarez Taladriz, y llamaré a Leonardo, el embajador y el profesor Masuda. Visitaré Kiôto y Nara. Un coche, en efecto, me sería de gran utilidad, pero lo tengo que pensar mejor. Hoy tengo que enterarme de los sellos, correos, lavandería, etc.

Ya son las nueve de la mañana y lo tengo todo preparado. A ver si no se retrasa el profesor japonés, pues tengo hambre. Tal vez baje un momento a dar una vuelta. Agenda de hoy: Presentación al rector, Ayuntamiento, teléfono, apartamento, sellos, plano, mapa. Una cosa curiosísima: en la tina del baño había una etiqueta de *Tejisa, made in Spain*, es decir, procedente de un calzado de Teodorito Jiménez, que tiene su fábrica en Salamanca y es cuñado de mi tío Salvador Ruipérez, que también tiene una fábrica de calzados en Peñaranda de Bracamonte y está casado con una hermana de mi madre, mi tía Nines...

Lo que quiero es trasladarme cuanto antes a mi apartamento, aunque me temo que será raquíutico. Tengo que enterarme bien de lo de las comidas. Lo que veo es que aquí hace mucho viento. Desde luego, pienso estudiar japonés, incluidos los *Kanjis* o ideogramas. Ya son las diez menos diez. Tengo un hambre espantosa, y aunque ya no tengo la sensación de que tiembla el suelo, para mi organismo son las tres de la mañana. Pero no me acostaré hasta por la noche. Voy a acostumbrarme a levantarme pronto, con el día.

Esto lo estoy escribiendo desde la habitación –más bien celda– que me han asignado para estos primeros días en Ôsaka. Aunque ya son las once de la noche, para mí son siete horas menos, o sea, las cuatro de la tarde, la hora de la siesta. La verdad es que llego al Japón con «muy poca gana». Ôsaka la he visto de noche, y se me antojaba una ciudad norteamericana con gran cantidad de anuncios luminosos en «chino». El viaje ha sido una paliza. Mañana escribiré a mi madre, y a Salva, que es al que contaré la *verdad* de las cosas de aquí. Lo de los cursos me da mala espina, pues hay alumnos que no saben nada de español.

VIERNES, 27 DE ABRIL DE 1984

Son las seis y media de la tarde. Me he despertado de una larga siesta. He tenido extraños sueños: era en la época nazi, en Alemania. Se veían detenidos en la calle, venían SS o análogos y se llevaban mi dinero, tras follar a la mujer con la que me encontraba incidentalmente, y que me la escamotearon con el falso policía (o algo así). En otro sueño, me cruzaba con Pepe Jiménez (el que sacó la cátedra de Estética de la UAM el pasado mes de diciembre). Me agarraba de la muñeca. Como no me soltaba, le canté irritado varias verdades. Salvador, que presenciaba la agarrada, me dio después una pastilla tranquilizante.

Mañana es el traslado al apartamento. Sigo sin adaptarme al horario de aquí. Por la noche-noche no pego ojo. Solo lo hago a otras horas. Necesito amigos. Al *Capo*, aunque servicial, no puedo considerarlo así. Quien me ha gustado es Joyo, una chica de Kiôto, graduada en español, que ha vivido en México. A ver si el domingo me acompaña. Del profesor Cabezas me han dicho que es mujeriego y tiene mala fama, y está en una Universidad de «segunda», la de Kiôto. Las cosas de alimentación están aquí súper caras, generalmente un 300% más caras que en España. He escrito dos largas cartas: una a mi madre y otra a Salvador Villena.